

APUNTES SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

O.- INTRODUCCIÓN

Iniciamos estas líneas recordando las palabras, el ruego formulado por Pablo Neruda: *«Recordar a Miguel Hernández que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!»*.

I.- BIOGRAFÍA

Nació Miguel el 30 de octubre de 1910, en Orihuela (Alicante), en el seno de una familia de cinco miembros, aunque luego serían más, y de escasos recursos económicos, por lo que pocas oportunidades tuvo de asistir al colegio y recibir una instrucción académica. Más bien al contrario, tras unos años escolarizado, seguir los pasos de su padre, pastor-ganadero de oficio, parecía ser su destino.

Desde los siete años ayuda a su hermano en las tareas del pastoreo, aprendiendo de él el oficio, a la vez que asiste a clase al mismo colegio en el que está Ramón Sijé, que más tarde será su gran amigo. Pronto destaca por su interés, pero a los catorce años ha de abandonar los estudios para incorporarse al trabajo. La luna, la naturaleza, la vida... , serán sus maestros e ilustradores, el caldo de cultivo en el que cuajarán las semillas plantadas en su breve paso por las aulas. El cuidadoso afecto y orientación de algunos amigos, como Ramón Sijé y Carlos Fenoll, o el Canónigo Luis Almarcha, le llevarán a las primeras lecturas, las preguntas fundamentales; y nacerán los versos robados al tiempo inexistente.

En 1930 publicará sus primeros poemas en el semanario «El Pueblo» de Orihuela y el diario «El Día» de Alicante, ampliándose posteriormente a otros